



Problemas en aeropuerto

El aeropuerto de Santiago acumula por estos días una seguidilla de situaciones que dan cuenta de deficiencias en su funcionamiento y de la consiguiente insatisfacción ciudadana.

La más visible ha sido la reciente movilización de los funcionarios de la Dirección General de Aeronáutica Civil (DGAC), cuya "ralentización" de labores causó severos trastornos, obligando a la suspensión de cientos de vuelos y dejando en claro la vulnerabilidad del país en este ámbito, entregado a la "voluntad" de funcionarios que simplemente determinaron hacer una movilización ilegal para reivindicar ciertas demandas.

Es positivo que se haya alcanzado un "acuerdo total" con las autoridades y que se haya depuesto el movimiento,

pero los costos los pagaron miles de personas afectadas, empresas y en particular el sector turístico.

Por estos mismos días también, se ha exteriorizado el malestar de los viajeros con el nuevo sistema automatizado de control de pasaportes implementado por la PDI. No solo se cuestiona lo poco amigable del *software*, sino que también la solicitud de datos que el sistema ya debiera tener, haciendo muy lento el proceso. Para peor, las fallas llevan a que buena parte de los usuarios terminen igualmente haciendo fila en una caseta. Los controles de identidad automáticos se utilizan desde hace más de una década en el mundo. Por lo mismo, parece insólito que en Chile se haya optado por una tecnología que no se condice con la experiencia internacional. Cuando el control de fronteras ha pasado a ser crítico para la seguridad pública, estas situaciones objetivamente lo debilitan.

En otro ámbito, las distancias

que deben caminar los pasajeros, existiendo cintas transportadoras limitadas, siguen siendo motivo de queja. En rigor, las distancias en sí mismas son inevitables en los grandes aeropuertos: los largos pasillos son necesarios porque las puertas de salida deben tener el espacio para recibir los aviones; a su vez, para no duplicar los servicios de Policía Internacional, Aduanas y SAG, todos los pasajeros deben pasar por ciertos espacios. Así, quienes llegan desde las puertas más lejanas están obligados a recorrer grandes trechos. En otros lugares del mundo la situación es similar o peor, pero existen trenes para movilizar a las

personas. En Santiago, la concesionaria ha intentado hacer algunas mitigaciones (especialmente tras la comentada denuncia que reali-

zara el animador Mario Kreutzberger), pero es un dato que el diseño no contempló esta variable.

Finalmente, los "taxis pirata", denunciados por décadas, siguen a vista y paciencia de Carabineros, la PDI y la seguridad privada. Las estafas a quienes los utilizan y el acoso a quienes no, son realidades cotidianas.

El nuevo aeropuerto ha representado un gran avance respecto de las instalaciones anteriores, pero dista de ofrecer una experiencia satisfactoria a todos sus usuarios. Algunas falencias, vinculadas al diseño, son de difícil solución, pero la mayoría debiera poder abordarse con un trabajo coordinado de las distintas instancias: concesionaria, autoridades, policías y agencias públicas. Y, por cierto, con voluntad política para terminar con el chantaje de gremios que imponen sus exigencias afectando al resto de los ciudadanos.

El país parece entregado al chantaje de ciertos gremios.